

La Siembra Familiar

(Estela del Rosario Nuñez Blanco)

En el pequeño pueblo de Huana, la vida parecía detenerse cada verano. Mi familia, compuesta por seis hermanos y mi madre, se sostenía gracias a la tierra. Mi padre, a quien apenas recuerdo, falleció cuando era muy pequeña. Mi madre, fuerte y valiente, se encargaba de sembrar sandías, melones, tomates y porotos verdes. Todos teníamos un rol: mis hermanos mayores araban la tierra, construían las cercas, mientras que mi madre, plantaba las semillas. Los más pequeños ayudábamos en el riego, uniendo nuestras manos infantiles al esfuerzo de cada cosecha.

Cuando llegaba el verano, las frutas estallaban de jugosidad, y las sandías y melones se volvían el tesoro más dulce de la temporada. Recuerdo aquellos días como el sueño más hermoso. Las risas en la mesa, las ensaladas frescas y los porotos verdes en cada almuerzo, y esa felicidad pura que sólo la niñez puede ofrecer. Mi madre, siempre firme y amorosa, cuidaba de todos con una mezcla de ternura y disciplina. A pesar de su partida, siento su presencia en cada rincón de esas tierras, bajo el mismo sol que ilumina nuestro pequeño Huana.

Un invierno inesperado trajo consigo lluvias interminables. Las aguas anegaron nuestras tierras de cultivo, dejando atrás los días de siembra. Mi madre, por primera vez, derramó algunas lágrimas frente a nosotros, pero no tardó en secarlas. Con la determinación que la caracterizaba, nos dijo: "Levantaremos nuestro hogar de nuevo." Y así lo hicimos, entre todos, construimos una casita humilde en la ladera del cerro. Para mi madre, no había descanso. Pronto, empezó a trabajar en los parrales de los nuevos fundos, acompañada por mis hermanos mayores, mientras los pequeños nos dedicábamos a estudiar.

Cuando llegaba la primavera, después de cada cosecha de tomates y porotos, los camiones venían a comprar nuestras frutas. Mi madre negociaba con destreza y nosotros ayudábamos en lo que podíamos. Nuestro rancho, aunque modesto, nunca nos faltó nada. La siembra y el trabajo conjunto nos mantenían unidos. Mi madre, una verdadera guerrera, luchó como pocos, con la fortaleza de un hombre y el corazón lleno de amor.

Un invierno más llegó, pero esta vez las lluvias no cesaron en dos largos días. El embalse La Paloma creció y alcanzó nuestras tierras, arrastrando todo a su paso. Nos vimos forzados a refugiarnos en la escuela del pueblo, junto a otras familias. A pesar de todo, la unión familiar y el espíritu de lucha que nos inculcó mi madre, nos permitió seguir adelante, siempre de la mano de la siembra y la esperanza.